

„ Tome usted por donde quiere, que de pies à cabeza todo es polvo. En sus enfermedades no se valiò de algun confortativo para la debilidad de la cabeza: no buscaba alivio en las penas, quien en ellas encontraba su alivio. Bien se le ofrecio tormento à este sentido entre los Gentiles enfermos, que curaba, en los Hospitales, y Obrages donde era continuo: estas eran las fragancias, que con virtud mas que sympatica atrahia, para recrear con mas subidos aromas al olfato de su Alma.

Quan mortificado tuvo el sentido del gusto, constará, si se registra el Capitulo XXIX. del Libro primero, donde expresse su ingeniosidad en nuevos modos de mortificarle. En los propositos, que acabo de insinuar, le advertiremos privado de carne, fruta, y otras cosas, que avivan el apetito en la comida. Aun quando en mesas de ricos, usaba de la libertad Apostolica, comiendo lo que le daban, no le faltaba industria, para hacer insipido lo mas bien sazonado, con cargar de sal, ò pimientos los mas

delicados manjares. La agua, que es à un caminante sediento el nectar mas apetecido, solia llegar à una fuente, y los Compañeros se arrojaban à sus crystales desalados, mientras el V. Padre la gustaba solo con mirarla, dando gracias al Criador por tan bella criatura, passandose con los labios secos adelante. En cierta ocasion de las pocas que se desayunaba, le administró un pozuelo de chocolate en su Colegio de Zacatecas el Religioso, que lo tenia por officio. Acafo en el vaso avian muerto muchas moscas, pues à cada trago escupia algunas: bebio no obstante el chocolate, y con gran paz entregó la vasija al hermano, diciendole: „ Otro dia tenga cuidado su Charidad con estas avecitas, por otros pozos: y se fue muy en silencio à la celda. Dexo de comprobar este punto por no reproducir lo que en sus peregrinaciones por los Desiertos tengo referido.

Ultimamente el tacto, sentido que se difunde por todo el cuerpo, le tuvo de continuo tan amortiguado, que hasta

CAPITULO X.

Profundissima Humildad del P. Fr. Antonio.

Todo el Vergel de Virtudes, que como espirituales flores se han visto en el bien labrado campo de esta Alma dichosa, se deben al rocío del Cielo, que es la gracia. Esta la da el Señor à los humildes, como lo dice el Apostol Santiago en su Epistola: y si las gotas del rocío se miran sobre la grama, como perlas, en la grama de su humildad recibio este precioso rocío nuestro Fr. Antonio. Pareció anuncio de esta dicha, y esperanza de este rocío del Cielo aver nacido de una Madre, que tuvo por nombre Esperanza Ros: aunque esperanza bien radicada, por bien nacida, grama alfin, por ser pobre: y este conocimiento le conservó siempre humilde, retratando à la grama, que apenas se levanta de la tierra. Un compuesto todo de humildad parecía el V. Padre en sus acciones, en sus passos, en sus palabras, y en lo exterior de su semblante. No halló jamas don-



donde ponerse, ni en donde colocar la estatua de su desprecio, sino formando peña de la mesma nada. El mayor blason con que escribiendo à los Prelados, y Subditos, à Grandes, y Pequeños, pobres, y ricos, autorizaba su firma, era anteponiendo à ella la mesma nada. Esto repetia en cartas, y explicaba en fervorosas razones, diciendo: „ Què fueran „ los Santos Angeles sin Dios? „ Nada. Què fuera MARIA „ Santissima sin Dios? Nada. „ Què fuera la Humanidad de „ Christo sin Dios? Nada. Lue- „ go todos nosotros sin Dios „ somos nada, nada, nada. Esta nada de su humildad le hacia prorrumpir en amorosos afectos de vivir siempre rendido à todos: por lo qual era sentècia muy versada en sus labios esta maxima discreta: „ Modo „ para conquistar el mundo, „ estar à los pies de todos.

Descubrese raro primor de humildad, y mansedumbre de corazon en una carta del año de setecientos, y diez, dirigida à una persona muy intima de su espiritu, en que le dice: „ Aprendamos de JESUS,

„ y MARIA à ser piedras pre- „ ciosas, que en tanto lo fere- „ mos, en quãto fuéremos mas „ humildes. No miró Dios en „ MARIA Santissima, para ha- „ cerla Madre de su Hijo, sino „ à la preciosidad de su humil- „ dad. Porque miró à la humil- „ dad de su Sierva. Y JESUS, „ como Hijo de una humilde „ Sierva, fue Siervo humilde, „ y no quiere, que aprendamos „ de su Divina Magestad otra „ cosa, sino à ser mansos, y hu- „ mildes de corazon. Mire- „ monos, y remiremonos, to- „ quemonos, y retoquemonos „ à la vista de estos Espejos JE- „ SUS, y MARIA: O, que paz! „ que serenidad! que princi- „ pio de gloria sentiremos, go- „ zaremos, y quasi poseere- „ mos! sin que la puedan per- „ turbar ni el mundo, ni el de- „ monio, ni la carne. Flaco era „ JESUS segun la carne, pero „ como era humilde de cora- „ zon de veras, tenia un espiri- „ tu tan prompto, y robusto, „ que aguantó tantos azotes, „ con tanta paz, y los huviera „ aguantado hasta el dia del „ Juicio, como si fuera inmor- „ tal, y lo mesmo la Cruz, go- „ zan-

„ zandose en sus azotes, cla- „ vos, y Cruz: conociendo, co- „ mo verdadero humilde, que „ esto merecia por nuestros „ pecados, que hizo propios: „ y à este mesmo passo, y à su „ modo, assimesmo MARIA „ Santissima con que paz esta- „ ba! Perseveraba Madre al pie „ de la Cruz, con que chari- „ dad! sin juzgar, ni pensar mal „ de aquellos mesmos, que la „ crucificaban con su Hijo! „ Por què? porque en todo era „ mansa, y verdaderamente „ humilde de corazon. O pie- „ dra preciosissima HUMIL- „ DAD. Ella se alza con Dios, y „ con todas sus cosas: ella es la „ que à todos sus legitimos hi- „ jos levanta hasta el Trono de „ Dios. JESUS por Siervo hu- „ milde se humilló, y obedeció „ con tanta humildad hasta los „ mas viles Sayones, como à su „ mesmo Padre Eterno, hasta „ la muerte de Cruz: y por esso „ mesmo el Padre lo ensalzó, „ lo honró, y lo entronizó so- „ bre todos: no por su nobleza „ de Divina Persona, que esso „ se supone, dice S. Pablo, sino „ porque humildemente obe- „ decio hasta la muerte, y mu-

„ erte de Cruz. Lo mesmo „ MARIA Santissima en todo „ acompañó à JESUS. O pie- „ dras preciosas JESUS, y MA- „ RIA! O Espejos! Miremo- „ nos bien: Christo Crucifica- „ do, y MARIA Santissima al „ pie de la Cruz! O, como se „ miran! O, que parejos en el „ padecer, en el amar, en todo! „ Por esso se miran, y se mira- „ rán en la gloria, y que gloria? „ Como fue la compañía, y la „ compassion en la pena. Pues „ miremos, y acompañemos à „ JESUS, y MARIA en esse „ Calvario, . . . compadezcamo- „ nos, humillemonos, obedez- „ camos, y esto hasta la muer- „ te de Cruz, en essa Cruz, en „ esse Calvario hasta el en tus „ manos, Señor, encomiendo „ mi alma. Amèn.

Veese en esta Epistola, si à la corta reflexion, cadena prolixa, à los que saben estimar diamantes, que les presento en ella de muchas virtudes un joyel precioso. Fue en este Varon admirable de tan bellos fondos el diamante de su humildad, que no bastan para hablar de ella vulgares explicaciones. La Sierva de Dios Do-

ña Ana Guerra, de quien tenemos hecha, y volveremos à hacer ilustre mencion por sus raros exemplos, vio (segun ella mesma comunicò à su Confesor) por especial favor de Dios el profundissimo fondo de humildad del P. Fr. Antonio, y apenas encontraba palabras con que explicarlo. Decia, que quando al passar se le ponía de rodillas la gente, y se postraba para venerar aun sus huellas, era tan grande la desproporcion, que hallaba entre estas veneraciones, y su persona, que por una parte le provocaba à risa, del mesmo modo, que si viera, se le daban aquellas veneraciones à un Jumento, y por otra la suma compasion de la ignorancia de aquella gente, que por ella veneraban en èl la virtud, que no tenia: pues nunca juzgò en si mas que un puro nada de todo lo bueno, y un sumo peligro de todo lo malo: assi lo juzgaba en su vida, assi lo publicò, como queda escrito, antes de su muerte.

Por esta humildad no se atribuía à si, ni queria que otros atribuyessen lo que Dios

obrava por su medio. Quando estaba en sus principios la fundacion del Colegio de Guatemala, determinò irse à la Talamanca, y procurandole muchos detenerle, alegaban, que su presencia, y respecto podia adelantar mucho aquella fundacion: à que respondió, haciendo mofa de si mesmo: „ Buenos estuvieramos, en que „ se le atribuyera à Fr. Antonio el aumento de este Colegio. Dios se lo darà, si con „ viene, y de hecho se fue à buscar entre Gentiles los desprecios, que no hallaba en Guatemala, en donde la mas frequente platica era referir varios prodigios de Fr. Antonio. El oír semejantes prodigios, assegura un Maestro de los mas Eruditos, y circunspectos de la Sagrada Compañia de Jesus, no causaba ya novedad, aunque se refirieran como milagros, porque todos se juzgaban muy proporcionados al concepto comun, que se tenia de su santidad. De su humildad castiza nacia aquel respecto, con que miraba à todos, no saludando à Sacerdote, à quien primero no besasse la

mano

mano: aquel consultar à otro para todas sus empresas, prefiriendo el dictamen ageno al proprio: y agradeciendo al que le corregia aun en cosas ligeras, como si en aquellas palabras fuesse disfrazada la cosa de su mayor gusto.

Quando despues de muchos años de ausencia del V. Padre Juan Ceron (de quien dexamos noticia en los libros 1. y 2.) lo vio en el Colegio de Tepozotlan, donde era Rector, al encontrarle en el transito, se arrodillò, para besarle la mano, y pedirle la bendicion. El V. Rector, que tenia de su virtud, y santidad altissimo concepto, se tirò al suelo con el mesmo intento: y assi estuvieron gran rato porfiando con humilde rendimiento, hasta que venció la siempre invicta humildad del Padre Fr. Antonio. La persona, que se hallò presente lo refirió à otro Padre, diciendo se avia llenado de devota ternura, pareciendole, que veia la contienda, que en la mesma forma tuvieron San Antonio Abbad, y S. Pablo el primer Solitario de los Yermos. Cosa rara, y

que apenas se encuentra entre los hombres, es una humildad de todos honrada, sin perder algo de su preciosidad con el aplauso. Rara fue de Fr. Antonio la humildad, quando mas venerado, y aplaudido. Seguale por los caminos tanto numero de personas, que à vezes en el Reyno de Guatemala llegaron à quatro mil, llevabanle entre palmas con ramos, salianle à recibir los Pueblos, postrabanse en su presencia los arrepentidos pecadores, teniendo por suma felicidad besar sus desnudos pies, y llegando à sus inocentes oídos las voces con que le aclamaban Santo. Estas veneraciones, que podian desvanecerle, las elevaba à solo Dios con noble, y desnudo afecto.

Marabillado tal vez de esta popular conmocion un Compañero, le preguntó, como no hurtaba el cuerpo à aquella, aunque devota, mas arriesgada aclamacion? A esto respondió desde el centro de su nada: „ Estas honras no „ son à mi, que soy un hombre „ vil, y miserable: son à la dignidad del ministerio Apof-
tolico,